

**YAO
HSÜEN-YIN**

**TRADUCCION
DEL
CHINO
DE
JOHN PAGE**

**EL
PAPANATAS**





“¡Miren este tipo, es otro Chan Ban Che Mai Jie!”

Recientemente en nuestra guerrilla de obreros nos ha gustado llamar a los demás Cha Ban Che Mai Jie. A veces cuando pedimos un cigarro al comandante de la guerrilla y él los esconde en el cinturón le decimos “Ey, comandante, Cha Ban Chei Mai Jie”. Si alguien estornuda inesperadamente, y sacando el moco lo unta sin pena en la manga o en la suela del zapato, los testigos también suelen decirle, riéndose “¡Cha Ban Che Mai Jie!”. En nuestra guerrilla todos estamos llenos de piojos. Por más que caminan y nos pican lo único que podemos hacer es rascarnos y restregarnos a través de la ropa, a lo sumo metemos la mano debajo de la camisa para matar uno o dos. En nuestros verdaderos descansos, es decir, cuando podemos dormir un rato sin sobresalto no podemos por ningún motivo descartar la ocasión de exterminar al enemigo. Nuestros dos enemigos son los japoneses y los piojos. Al comenzar la guerra de exterminio, según la costumbre, nos sentamos alrededor de una fogata, nos quitamos la ropa interior y sacudiéndola la chamuscamos al fuego. Uno por uno, nuestros enemigos salen como granos de sésamo tostados, con la barriga hinchida, y caen en el fuego. Ahí truenan —pi-pi-po-po— expidiendo un vaho maloliente. Entonces todos, en vista de la victoria, brincan y saltan alegremente pegando y empujando a los demás, gritándoles “¡Cha Ban Che Mai Jie! ¡crac, crac, mátalos mordiéndolo!” En resumen, encontramos muy seguido la ocasión de burlarnos de los demás aplicándoles el Cha Ban Che Mai Jie. Casi cualquiera puede ser designado así por nosotros. Lo sacamos a relucir indiscriminadamente sin tomar en cuenta si se ajusta al caso o no. Cuando lo usamos es sin la menor mala intención; simplemente sentimos que es una manera poco común de tomarle el pelo al prójimo, eso y nada más. Si no tuviéramos esta valiosa frase tal vez la vida en nuestra guerrilla sería tan aburrida y desabrida como el color de las montañas en invierno.

Aunque nos aplicamos mutuamente el apodo de Cha Ban Che Mai Jie, el verdadero Cha Ban Che Mai Jie hace tiempo que se alejó de nuestras filas.

Era un campesino muy raro. Desde su ingreso en la guerrilla, hasta el momento en que se nos fue delirando en una camilla,

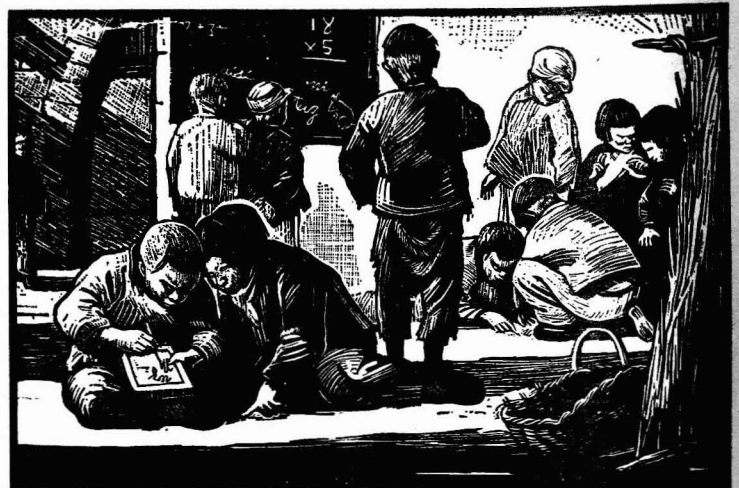
había sido nuestro compañero más célebre. Después de su partida lo recordábamos y hablábamos de él sin cesar. El comandante conservó su pequeña pipa como si fuera una carta de amor de la mujer amada, atesorándola sin permitir que nadie se la quitara. Antes de que fuera herido, Cha Ban Che Mai Jie se pasaba desde la mañana hasta la noche con la pipa sujeta entre los dientes, tuviera o no tabaco. A veces se alejaba a solas de la casa que ocupábamos, caminando despacio hacia el límite del pueblo. Se ponía en cuclillas debajo de un árbol arrugando las cejas, con una expresión de sorpresa miraba la llanura, la pequeña pipa sujeta en la boca. Después de un rato de estar absorto chupando la pipa, de repente expulsaba dos hilos de humo gris desde las narices. Si un camarada se paraba delante de él y le preguntaba “Cha Ban Che Mai Jie, ¿estás pensando en tu vieja?” la cara se le enrojecía levemente y contestaba “¿por qué no?” ¿No has oído al comandante decir dónde están mi mujer y mi hijo?” Para Cha Ban Che Mai Jie, nuestro comandante era un ser todopoderoso que todo lo sabía, y que no le decía donde estaban su mujer y su hijo sólo por temor a que se escapara para allá. Una vez Cha Ban Che Mai Jie ni siquiera pensaba en su mujer y su hijo; sino con cierto rencor miraba la tierra y dijo:

“Mira la hierba de esta tierra”; tragó una gran bocanada de humo que expulsó a medida que seguía hablando: “con un año de paz que se hubiera podido trabajar tranquilamente esta hierba no habría metido unas raíces tan profundas”.

Se sacó una gran legaña del ángulo de un ojo, y adelantando varios pasos levantó un pequeño terrón que despedazó entre los dedos de un pellizco. Examinó la tierra minuciosamente y se la acercó a la nariz; luego la probó con la punta de la lengua, movió la cabeza levemente con aprobación y murmuró:

“Esta tierra es tan buena y fértil...”

Cha Ban Che Mai Jie no aprendió nunca ni una sola frase de las canciones patrióticas en todo el tiempo que estuvo en la guerrilla. Una vez, que sólo seguía algún verso, hizo que un camarada se echara a reír hasta que le saltaron las lágrimas, y de ahí en adelante Cha Ban Che Mai Jie jamás volvió a abrir la boca. Cuando los demás cantábamos, él quedaba con la pequeña pipa en la boca





sonriente, los ojos inyectados moviéndose de cara en cara. No importaba que estuviera feliz o triste, marchando o en descanso, lo que más le gustaba era entonar repetidas veces con una voz lúgubre dos versos de ópera aprendidos en la niñez:

“No tuve suerte
cuando salí de mi capital.
No hay lluvia y habrá viento. . .”

Tanto su pequeña pipa como él me hicieron una profunda impresión. Cada vez que veo su pequeña pipa pienso sin querer en algún incidente conmovedor.

Un frío atardecer los compañeros de la guerrilla se excitaron a tal grado que gritando, saltaron al patio como si se hubieran vueltos locos, cercando al comandante y a un traidor recién capturado. Este llevaba las manos atadas atrás, la cara lívida y las piernas temblando, casi sin poderse tener de pie. Llevaba metido en el cuello el mango de una vieja hoz, en el cinturón una pequeña pipa y en la cabeza una gorra rota de fieltro color cobrizo. El comandante traía en la mano una pequeña bandera del sol naciente recogida al traidor, y una cara desprovista de emoción que parecía de hierro. Los camaradas, violentos y exaltados gritaban:

“¡Desgraciado, disfrazado de campesino!”
“¡Fusílenlo, fusílen al traidor!”

No sé quién le dio al traidor una tremenda patada en el trasero haciéndolo caer hacia adelante, como con una parálisis repentina, arrodillado delante del comandante. Este resultado inesperado decepcionó a los camaradas y comenzaron a calmarse. Algunos, en voz baja empezaron a burlarse.

“Tiene la fibra de una zurrada de pato”²

El comandante todavía parecía hecho de hierro. Parado, sin moverse, bajo las cejas pobladas dos ojos temibles, de fríos y peligrosos, se clavaban en el traidor hurgando su secreto.

“¡Patrón, yo soy hombre de bien!”

El traidor temblando abogaba por sí mismo. “Me llaman Wang Ya. . . Ya Ba³ todo el mundo lo sabe.”

“¿Es tu nombre de bebé?” Los pelos del carrillo izquierdo del comandante se movían.

“Es mi nombre de bebé, patrón, dado por mi abuelo. No sabía leer. Decía que tener un nombre feo protege contra la mala suerte.”

“Tu nombre de adulto, ¿cuál es? Párate y dílo.”

“No tengo, patrón”. Ya Ba de repente se levantó con una risita. “Mi padre decía que los campesinos que nunca han ido a la escuela, ni jamás han sido invitados, no necesitan nombre de adulto.”

“¿Tienes apodo?”

“Cha, Cha, patrón, Cha Ban Che Mai Jie.”

“¿Cómo? Los pelos del comandante volvieron a estremecerse; “¿Cha, cómo. . .?”

“Cha Ban Che Mai Jie, patrón.”

“¿Quién te debe media carreta de paja?”

“Todos así me dicen”. Ya Ba se ruborizó. “Es el apodo que me puso Wang Er Ma Ze, el que hace las figurillas de dulce, que se empecina en que me faltan entendederas.”

Los camaradas empezaron a reír.

El comandante se quedó impávido. Paso a paso siguió su interrogatorio preguntando su lugar de nacimiento y la causa de su traición.

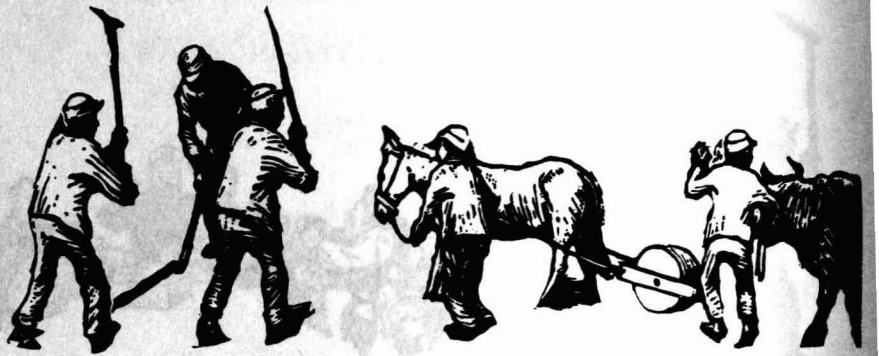
“Yo soy del pueblo de Wang”, dijo Ya Ba. “Del pueblo de Wang el Grande, no de Wang el Chico. Llegaron tropas del norte, vieron nuestras mujeres y las violaron. A los hombres les pegaron, les cortaron la cabeza y los fusilaron. Mi vieja me dijo: viejo, los hombres del pueblo han huido. Huyamos nosotros también. Aunque toque beber sólo una taza de agua por día no será tan peligroso. Llevaba mi mujer y al crío en la huida. Mi mujer ya tiene dos días sin probar arroz. Tiene el estómago pegado a la espalda. Xiao Gouze quiere mamar, pero mi mujer tiene los pechos lacios. El niño mama y no saca nada, nada más se queda llorando.

El campesino maniatado inclinó la cabeza mientras dos hileras de lágrimas le rodaron por la cara. El comandante murmuró en voz baja:

“Habla un poco más claro: ¿por qué dijiste que llevabas la banderita del sol naciente?”

“Patrón, mi mujer dijo: viejo, estamos en época de guerra. Si





nosotros morimos no tiene importancia, ¿pero puedes ver morir de hambre al niño con los brazos cruzados? Así es, patrón; el niño no ha hecho nada reprochable. ¿Por qué ha de morir de hambre? La mujer me dijo: Tú vuelve a nuestra tierra junto al pueblo y trae unas zanahorias para salvar al niño. Al alba volví, pero estaba todavía a un kilómetro de distancia cuando varios soldados del norte con sombreros como palanganas de cobre me apuntaron sus rifles y empezaron a disparar, y otra vez me escapé. Cuando llegué, oí a Xiao Gouze llorando sobre el pecho de su mamá. . .” Empezó a ahogarse de llanto.

“No llores”. Ordenó el comandante en voz baja. “¿Por eso te volviste traidor?”

“Juro que no soy traidor. Mire, patrón: si soy traidor por el cielo que muera cuando caiga el sol”. Cha Ban Che Mai Jie se encogió de hombros y siguió hablando: “Me dijeron que si llevaba una banderita del sol naciente, los soldados del norte no me harían nada. Mi mujer misma hizo una y me la dio. Vete rápido, viejo, me dijo, y vuelve rápido. Yo dije: maldita bandera, parece emplasto. ¿No me irán a impedir el paso los del sur? ¿Qué temes? me preguntó; los soldados del sur y nosotros todos somos chinos, ¿qué tonto eres! Patrón, ¿usted cree que siendo yo chino podía ser traidor? Mi mujer fue la causa, diciéndome que me llevara su maldita bandera.”

A ratos se ahoga de llanto, a ratos le rechinaban los dientes de la ira y a ratos miraba al comandante con pavor.

El comandante seguía interrogándolo minuciosamente, pero poco a poco se le relajó la cara y ya no parecía hecha de hierro. En ese momento ya pensaba decirle: basta, este tipo es un hombre bueno. ¿Todavía habrá alguna duda? Si lo sigues interrogando los camaradas se van a impacientar.

Por fin el comandante nos ordenó soltar las cuerdas que amarraban las manos de Cha Ban Che Mai Jie. Una vez libre, éste agarró los mocos con los dedos e inclinándose los embarró en la punta del zapato. Entonces descubrí que llevaba unos zapatos de tela negra casi nuevos. La punta y el talón desaparecían debajo de una gruesa capa de mocos secos y otros todavía húmedos, que brillaban levemente en las partes secas.

“De ahora en adelante no vuelvas a decirles ‘soldados del norte’ a la maldita tropa japonesa” le dijo amablemente el comandante. “Ahora la guerra no es como antes, ahora de un lado estamos nosotros, el ejército chino; del otro lado los malditos japoneses. ¿Comprendes, Cha Ban Che Mai Jie?”

“¿Cómo no voy a entender?” dijo asintiendo con la cabeza; “no me faltan entendederas”.

El comandante le devolvió la bandera y ordenó:

“Ahora quédate a cenar con nosotros. Cuando termines puedes irte tranquilamente por tus zanahorias. Esta noche el enemigo ha huido. Lleva todavía tu banderita, si acaso encuentras un enemigo sácala para que la vea, nada más no digas que estamos aquí.”

A la hora del rancho todos trataban de sentarse en cuclillas junto a Cha Ban Che Mai Jie y su pantalón de algodón acabó casi destrozado. Al principio estaba todavía cohibido; después, viendo que todos estábamos completamente abiertos con él, poco a poco se tranquilizó. Comió rápido y mucho, lamiendo el plato hasta que quedó limpio. Limpió otro moco en la punta del zapato, echó un eructo, y con la uña del dedo índice derecho raspó los dientes hasta sacar un trozo de cebolla que echó a volar de un capitorazo por encima de la cabeza de un camarada.

Un día más tarde, justo después del almuerzo volví a ver a Cha Ban Che Mai Jie aparecer en nuestro patio. El comandante nos dijo que ya había ingresado a nuestra guerrilla. Gritamos locos de gusto, pegando saltos y cantando nuestra canción de marcha. Cha Ban Che Mai Jie simplemente se quedó parado, hasta que sonriendo metió la pequeña pipa en la boca.

Esa noche me acosté cerca de él y le pregunté: “¿Por qué quieres formar parte de nuestra guerrilla?”

“¿Por qué no? —dijo— Todos ustedes son hombres buenos”. Hizo una pausa chupando una gran bocanada de humo y continuó: “Si no echamos al enemigo no se podrá cultivar”.

De repente le pregunté riéndome: “¿Y tu banderita del sol naciente?”

“Se la dí a Xiao Gouze para pañal”. Contestó, como si no le diera la menor importancia.

Cha Ban Che Mai Jie me contaba cosas de su familia en voz





baja. Supe que era por su deseo de cultivar la tierra en paz, que anhelaba intensamente ver al enemigo expulsado del país. También ya había decidido enviar pronto a su mujer y a su hijo a la retaguardia en un transporte de refugiados. Mientras conversábamos miraba continuamente, forzando la vista, el quinqué colgado en un ángulo de la pared. Parecía que algo le impedía tranquilizarse. Fingiéndome profundamente dormido me puse a observar sus movimientos. Vi cómo con la pipa entre los dientes se quedó sentado largo rato. Repentinamente echó una mirada al quinqué y después otra a mí; parecía inquietarse más aún. Por fin se levantó y sigilosamente se dirigió al quinqué, pero apenas había dado unos pasos cuando dio la vuelta y salió de la casa al patio. Orinó, tosió, y volvió a mi lado. Con la vista clavada sobre mí vació el tabaco de su pipa y la guardó bajo las cosas que le servían de almohada, y se acostó.

“Este sí que es un tipo extraño”, pensé, “pero entre las asperezas suele haber algo fino”.

Cuando nuestra guerrilla se alojaba en un nuevo lugar buscábamos si había un quinqué, porque preferíamos dormir con una luz encendida. Después del ingreso de Cha Ban Che Mai Jie en nuestras filas, dos noches seguidas sucedieron cosas poco agradables. La primera fue que a media noche se apagó la luz, y un camarada que tuvo que salir a orinar le pisó y le rompió la nariz a otro. La segunda noche, se descargó el rifle del centinela y todos despertaron alarmandos pensando que fuera el enemigo. A tientas y en desorden chocaron entre sí en la oscuridad. Una o dos linternas de mano no fueron suficientes, algunos se llevaron las armas de otros, y otros, habiendo alcanzado el rifle no encontraban la bayoneta. Una vez que se había calmado el caos, todos estaban furiosos, maldecían como energúmenos tratando de dar con el que había apagado el quinqué. El comandante interrogó uno por uno a todos los compañeros, pero ninguno confesó. Por dentro yo tenía mis sospechas y observaba a Cha Ban Che Mai Jie. Tenía la cara lívida y le temblaban levemente las piernas. El comandante se acercó a él y los demás fijaban en él unas miradas llenas de ira. Mala pata, —pensé— le va a tocar una paliza. Empezó a temblar más fuerte y parecía que iba a arrodillarse. Pero de

repente el comandante sonrió y le preguntó con voz amable.

“¿Crees que puedes sobrellevar una vida como ésta?”

“Puedo, mi comandante” y Cha Ban Che Mai Jie sacó la pequeña pipa del cinturón y se la apuntó al pecho del comandante. “¿No quiere fumar?”

Todos los camaradas sonrieron y algunos soltaron la carcajada agarrándose la barriga y poniéndose en cuclillas. El comandante también sonreía dando bufidos. Sólo Cha Ban Che Mai Jie estaba completamente serio. Se rascaba la cabeza, luego el pescuezo y a tientas sacó un piojo que pellizcó entre los dedos y después acabó de destruir metiéndolo entre los dientes y matándolo de una sonora mordida.

Al otro día me lo llevé a rastras donde no había gente y le pregunté con calma por qué insistía todas las noches en apagar el quinqué. Se sonrojó, y entre sonrisas y carraspeos balbuceó:

“El aceite está carísimo comparado al año pasado...” De repente se rascó la nuca; “No estoy acostumbrado a dormir con la lámpara encendida... ¿No quieres fumar?”

No obstante, poco a poco se fue acostumbrando a la vida colectiva. Se volvió valiente y activo y empezó a expresar su inconformidad con ciertos aspectos de la vida de los camaradas. Sabía mucha jerga de los bandidos, por ejemplo: el camino, era “el cordón”; el río, “el lazo”; la gallina, “boca picuda”; la luna, “la estufa”. Criticando a sus camaradas decía: “Hay muchas palabras que traen la mala suerte si se pronuncian; ustedes tienen que respetar los tabús. Cuando eran obreros no prestaban mucha atención, no tenía importancia, pero ahora están jugando a las armas y hay que tener cuidado.”

Los compañeros a veces le decían algunas palabras de jerga intencionalmente, casi siempre para provocar una discusión en la cual explicarle que éramos guerrilleros revolucionarios, ni supersticiosos, ni bandidos, y sin necesidad de la jerga de los bandidos. Por dentro Cha Ban Che Mai Jie no estaba completamente convencido pero ya no se obstinaba en su propia opinión. Con un tono burlón decía:

“Yo soy campesino, no entiendo las nuevas costumbres”. Después se quedaba pensativo.





Una vez le dije: "Ey, debes decirles a los demás 'camarada'." Sonrió, movió la cabeza, agarró un moco entre los dedos y lo embarró en la punta de un zapato gruñendo su negación.

"Hermano, nosotros los de Shandung decimos 'hermano' en son de respeto".

"Pero nosotros somos guerrilleros revolucionarios, —dije— los soldados de la revolución debemos usar términos revolucionarios".

"Otra vez las nuevas costumbres", dijo poco contento y agregó: "yo no entiendo".

"Camarada simplemente quiere decir que todos estamos unidos por un mismo pensamiento", le expliqué; "piensa que si juntos vivimos y morimos, pasamos malos ratos juntos, con un mismo ánimo y una misma idea atacamos al enemigo; si no somos camaradas, ¿qué somos?"

"Está bien, hermano", contestó con brío; "lo que temo es que no estemos todos de acuerdo".

Al salir esa noche, me tocó el hombro levemente y me dijo: "camarada" en una voz muy baja. Enseguida se rió tímidamente como un niño.

"Camarada". Me dió un codazo; "¿Vamos a atacar al enemigo?"

Asentí con la cabeza, "¿Tienes miedo?"

"No", dijo. "He peleado contra los bandidos. . ."

Salimos codo con codo y yo sentía el fuerte latir de su corazón, y no pude menos que reír por lo bajito.

"Eh, estás mintiendo, oí tu corazón", le dije en voz baja.

Se mostró confuso y empezó a darle vueltas a la pipa que traía en la mano, balbuceando:

"Yo no temo nada. Temer la muerte no es de valientes. Antes, cuando combatía a los bandidos era igual: apenas había que lanzarse y me palpitaba el corazón y me temblaban las piernas, pero a medida que avanzábamos me tranquilizaba. Mi hermano, el campesino sólo teme al empleado de gobierno."

A un kilómetro más o menos del pueblo ocupado por el enemigo, nos detuvimos en un pequeño cementerio. El comandante pidió dos voluntarios que se adelantaran a reconocer el camino. Otro grupo daría la vuelta tendiendo una emboscada detrás del

pueblo, y los demás, la mayoría, quedaríamos atrás. Inesperadamente Cha Ban Mai Jie se paró delante del comandante diciendo apresuradamente:

"Mi comandante, conozco "el cordón": déjeme ser el primero que entre en el pueblo."

Esta vez todo el grupo se sorprendió. El comandante se quedó pasmado un momento; le temblaban los pelos del carrillo izquierdo. Preguntó escéptico:

"¿Es decir que quieres hacer el reconocimiento?"

"Sí, yo antes localizaba a menudo a los bandidos."

Detrás del comandante algunos murmuraban: "No sabe, no dejes que eche a perder la acción." Pero el comandante ya sin vacilación dijo a Cha Ban Che Mai Jie:

"Correcto, pero tendrás especial cuidado." Volvió la cabeza y me ordenó: "Acompáñalo, y evita el menor descuido."

Cha Ban Che Mai Jie, jalándome, saltó fuera del cementerio como un mono, detrás dejamos todavía algunas quejas en voz baja, y yo oí la voz del comandante.

"No entorpeceré el ataque; entre sus torpezas tiene cualidades."

Llegamos a un tiro de flecha del pueblo enemigo y seguimos pecho a tierra. Valiéndonos de la luz de las estrellas miramos hacia adelante con sumo cuidado. Luego escuchamos atentamente un rato. No había el menor movimiento en el pueblo.

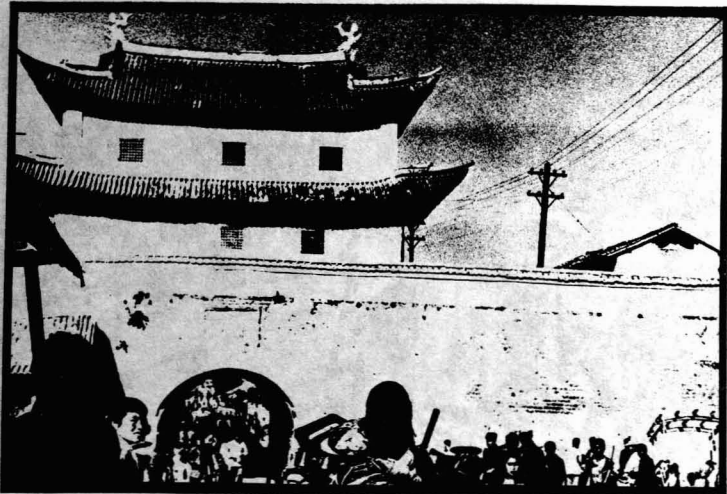
Acercándose a mi oído, Cha Ban Che Mai Jie susurró:

"Los desgraciados están todos dormidos, espérame. . ."

Quitándose los zapatos los metió en el cinturón, y casi doblado entró al pueblo. Quedé inquieto y me adelanté unos diez pasos a gatas hasta quedarme debajo de un saúz, donde corté cartucho, atento a cualquier movimiento alrededor. Veinte minutos más tarde todavía no veía a Cha Ban Che Mai Jie regresar. Empecé a enojarme y me adelanté otro poco a gatas. Frente a una choza con techo de paja distinguí el movimiento de una sombra negra. Tenía la seguridad que algo se arrastraba por el suelo casi sin ruido. El corazón me palpitaba a galope de caballo. Apunté el rifle a la sombra y con voz baja a pesar del tono duro, dije:

"¿Quién?"

"Soy yo, camarada", contestó una voz conocida. "Los desgra-





ciados han huido; por esta vez vinimos de balde.”

De un salto quedé frente al que me hablaba, pregunté inquieto:

“¿Recorriste todo el pueblo?”

“Casa por casa, patio por patio y no encontré ni rastro”;

“¿Por qué no toziste antes?”

“Yo... pues...” Cha Ban Che Mai Jie, conciliador, se me pegó codo con codo tartamudeando. “Nos hacía falta un buen cabestro y me traje uno, ¿hice mal? Antes, cuando perseguía a los bandidos agarraba cualquier cosa del pueblo sin que tuviera importancia.” Enseguida levantó el cabestro para que lo viera, riéndose al mismo tiempo.

“¿Suéltalo!” Le ordené; “Si el comandante te lo ve, te fusila.”

Cha Ban Che Mai Jie me miraba con decepción, vacilante soltaba el cabestro que tenía enrollado en la cintura. Tosí ruidosamente tres veces, e inmediatamente varios rayos de luz rompieron la oscuridad. De todos lados nuestros camaradas irrumpieron al pueblo.

“Hermano”, me dijo en voz baja Cha Ban Che Mai Jie con un tono asustado y a punto de llorar, “mira, ya tiré el cabestro...”

En el camino de regreso, Cha Ban Che Mai Jie no se separó ni un paso de mí; iba temeroso y en silencio, parecía un niño que espera el castigo de su mamá por haber roto una taza. Yo sabía que iba inquieto y le dije que yo de ninguna manera reportaría el incidente al comandante. Suspiró aliviado y me puso la pequeña pipa en la mano. Entre bocanadas de humo le pregunté:

“¿Sabes por qué nosotros no podemos llevarnos las cosas del pueblo?”

“Porque estamos en las filas del ejército revolucionario”, me contestó confuso.

Volvió a callarse un rato. De repente se limpió un moco, y con tono lastimero preguntó:

“Camarada, ¿el que hace la revolución no debe tener ninguna recompensa?”

“La revolución es para uno mismo y para todos los demás”, le expliqué. “Para hacer la revolución hay que sufrir; cuando triunfe todo el mundo será feliz. Si nosotros podemos expulsar al enemigo para que varios millones de hombres puedan vivir en paz, ¿no es

eso también nuestra recompensa?”

“Por supuesto, millones de hombres vivirán en la abundancia y nosotros también...”

“Entonces nosotros también viviremos en paz. Después nuestros hijos y sus hijos, y sus nietos, podrán caminar erguidos.”

“Yo digo que los camaradas revolucionarios no respetan a Dios... ¡Pero aunque no lo respeten podrán llegar a santos!”

De ahí en adelante se puso más animado aún. Trabajaba con entusiasmo y cada vez se angustiaba menos por su mujer y su hijo, y sus ratos melancólicos también disminuyeron. Empezó a aprender a leer conmigo, a razón de un signo por día. Por desgracia justo cuando ya reconocía treinta signos, fue herido de gravedad.

Una noche de luna nublada nos enviaron a una veintena de guerrilleros a destruir la vía del tren. El enemigo estaba acampado en un pueblo apenas a un kilómetro y medio de la vía. No teníamos minas ni herramienta moderna. Valiéndonos de nuestra propia fuerza calculamos levantar dos o tres rieles y después tender una emboscada al convoy enemigo. Empezamos el trabajo con el mayor cuidado, sabiendo que al fin de cuentas es imposible impedir que los rieles hagan un ruido como de campanario. A media noche y en la llanura el estruendo volaba muy lejos e inmediatamente nos devolvió unos ruidos agudos y aun más claros que de repente crepitaban veloces encima de nuestras cabezas, empañando la luz de la luna.

“¡A tierra!”

El jefe de nuestro grupo apenas había dado la orden cuando empezaron a golpetear las ametralladoras del enemigo. Las balas volaban a veces detrás y a veces delante de nosotros, cortando su trayectoria como cuerdas en tensión, haciendo volar polvo y humo. Siguió el traqueteo durante diez minutos y de repente cesó. Los rieles empezaron a temblar imperceptiblemente; venía a gran velocidad el convoy.

Nuestro jefe de grupo había sido antes trabajador de construcción en la línea Jiao Zhou-Ji Nan. Era un tipo extraordinariamente capaz. Sucesivamente conectó cinco o seis granadas y las colocó debajo de un riel. Luego ordenó:

“¡A correr!”





Nos esfumamos de la vía como si tuviéramos alas, para escondernos en un cementerio, pecho a tierra sin hacer ruido. Cha Ban Che Mai Jie sacó su pipa como si tal cosa, preparándola para fumar, cuando el jefe del grupo le dio un culatazo en el trasero. Volvió a guardar la pipa y me preguntó con un gruñido de despecho:

“¿Acaso las balas tienen ojos, que hay que tenerles miedo?”

Las granadas debajo del riel explotaron con estampido salvaje. El convoy saltó de la vía entre una nube de tierra y fragmentos de granada y se volcó entre los arbustos.

“¡Bravo!” Una veintena de voces de nuevo sacudieron la llanura. Un instante después todo quedó otra vez en silencio.

Al silencio siguieron las alegres maldiciones de los camaradas por un instante y una orden del jefe de grupo tan rápida, que casi nadie le dio importancia. En ese momento de confusión, una voz ronca y triste gritó:

“Cuando salí de mi capital. . .”

Saltamos del cementerio hacia la vía y en ese momento las ametralladoras enemigas abrieron fuego de nuevo y con más saña que antes. Cha Ban Che Mai Jie, corriendo delante de todos pegó un grito de dolor y cayó. Fue imposible ocuparnos de él; al contrario, a toda costa seguimos adelante. Todavía no habíamos llegado a la vía del tren cuando oímos el galope de la caballería enemiga acercarse por todos lados. Empezamos a retroceder. Corrí hasta Chan Ban Che Mai Jie y vi que estaba disparando con todas sus fuerzas hacia el ruido de los caballos. Le pregunté, “¿Te

dieron? ¿puedes correr?”

“En la pierna”, contestó; “yo me quedo para llevarme algunos por delante.”

Hice caso omiso de su resistencia, lo levanté sobre mis hombros y eché a correr. A veces tropezaba y caíamos. Otras dábamos la maroma completa en un arroyo. Las detonaciones de los disparos, el galope de los caballos, la carga sobre mis hombros, parecían no tener nada que ver conmigo. Sólo sabía correr sin importarme lo demás; además no quedaba sino correr.

De vuelta a la guerrilla descubrí que Chan Ban Che Mai Jie llevaba otra herida en la espalda y ya estaba inconsciente. Lo revivimos y nos cercioramos de que el proyectil no había tocado ningún órgano vital. Después decidimos enviarlo a la retaguardia a un hospital. Cuando lo levantaron en la camilla su temperatura era ya pavorosamente alta y desvariaba sin cesar:

“¡Ta, ta, lie! . . . la vaca amarilla ¡Ta ta! . . .”

Abril 1938, Wuhan, en un albergue.

1 Destituido el 23 de abril de 1958 de la Comisión Consultiva Política Popular de Wuhan. El título original del cuento es “Cha Ban Che Mai Jie”, que se traduce literalmente por “falta media carreta de paja”, o sea “falto de inteligencia”, significado limitado al presente relato.

2 Las heces de pato son aguadas y se mencionan en el norte de China para ponderar la falta de valentía.

3 Literalismo: mudo.

